

rivalidades provinciales. La resurreccion de la Italia será celebrada algun dia como un título de gloria del siglo XIX. Para ser justos, es preciso que la historia conceda participacion en este prodigioso acontecimiento á la accion de Roma: bajo su administracion fué como los Italianos llegaron á ser un pueblo, unido por la misma lengua y las mismas costumbres; esta unidad moral únicamente ha hecho posible el magnífico arranque de que somos testigos.

CAPÍTULO IV.

CONQUISTA DEL MUNDO.

§ I.—Consideraciones generales.

Las conquistas de Roma han sido objeto de grande admiracion. Uno de los testimonios más curiosos de esta especie de culto es un capítulo de *Gravina* sobre la *justicia de los Romanos* (1). El jurisconsulto italiano parte del principio fundado por Aristóteles y reproducido por Ciceron, de que la naturaleza da á la razon el imperio sobre la barbárie; que el mismo interes de los pueblos incultos exige que sean sometidos á una autoridad inteligente. Aplica en seguida estas consideraciones al Imperio romano: « De todas las dominaciones, dice, la única justa ha sido la de Roma, porque estaba fundada sobre la razon misma. Los Romanos no miraban como á sus enemigos más que á los de la humanidad; no quitaron á los vencidos más que la facultad de hacer mal; no impusieron la servidumbre más que á los que preferian una vida salvaje á la vida social; á los Griegos y á los demas pueblos civilizados les permitieron vivir segun sus leyes. El fin de su ambicion era propagar la civilizacion y realizar la asociacion universal. » *Gravina* está de tal modo convencido de que la justicia es el fundamento del poder romano, que sostiene que la dominacion de Roma no ha podido ser destruida, porque la fuerza no vence al derecho. Importa al interes del género humano el restablecer este

(1) GRAVINA, *Orig. jur. civ.*, I, 16.

imperio «sociedad de todas las naciones ligadas entre sí por la comunidad de derechos y por la fraternidad» (1).

En el siglo XVIII se verificó en los espíritus una gran revolución; los sentimientos de humanidad, que se extendían con el fervor de una religión nueva, hicieron considerar á los conquistadores como los azotes de los pueblos. ¿Cómo se habían de librar los Romanos, esos devastadores del mundo, de esta violenta reacción? Brilla en todas las páginas de *Rollin*, á pesar de ser un escritor que ni aún está imbuido en el espíritu filosófico; pero la tendencia de un siglo inspira aún á los que se resisten á su corriente (2). Uno de los grandes genios de Alemania se hizo el órgano de la opinión dominante. *Herder* ataca á los Romanos frente á frente; el juicio que forma sobre ellos en su *Filosofía de la Historia* es una verdadera acusación; citaremos algunos párrafos (3).

Herder toma á Roma en su cuna y la sigue hasta terminar la conquista del mundo; se pregunta cuál es el fruto de aquellas guerras que han durado siglos, y no encuentra por todas partes más que sangre y ruinas. ¿Qué han producido las mortíferas guerras con los pueblos italianos? «El pillaje y la devastación. Yo no cuento los hombres que fueron muertos por ambas partes; la ruina de naciones enteras, tales como los Etruscos y los Samnitas, la destrucción de las ciudades, la pérdida de su independencia han sido la mayor desgracia porque se han dejado sentir hasta en las últimas edades.» Los antiguos ensalzaban la humanidad de Marcelo, el vencedor de Siracusa; oigamos al filósofo alemán: «Tú fuiste muerto, sabio y grande Arquímedes, en medio de tus círculos matemáticos: ¿cómo nos hemos de admirar de que tus compatriotas ignorasen dónde reposaban tus cenizas, si tu patria bajó á la tumba contigo? Las casas fueron conservadas, pero la ciudad murió. Es increíble el daño que causó la dominación de Roma en este rincón del mundo á las ciencias y á las artes, á la cultura y al desenvolvimiento del pensamiento humano.»

«Cuando Roma sometió á Italia, empezó la larga lucha con los

(1) GRAVINA, *De Romano imperio*, c. 2.

(2) Véase el juicio de ROLLIN sobre la pretendida moderación de Roma en sus conquistas (*Historia antigua*, t. IV, p. 588, edic. en 4.^o).

(3) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XIV, 3.

Cartagineses, y de tal manera, que en mi concepto debe hacer avergonzar al más decidido partidario de los Romanos. Los socorros prestados á los Mamertinos, el despojo de la Sicilia y de la Córcega, mientras que los mercenarios ponían á Cartago en el último trance de la vida, la deliberación de los sabios senadores sobre «si Cartago debe todavía ser conservada sobre la tierra», como si se hubiese tratado de un árbol que ellos mismos hubiesen plantado; todo esto y otros mil rasgos de este género, á pesar de la prudencia y el valor de los Romanos, hacen de su historia, una historia de demonios.»

«A cualquier parte que yo vuelvo los ojos, apartándolos de Cartago, no veo más que destrucción, porque por todas partes dejaron las mismas huellas esos conquistadores del mundo. Si los Romanos hubiesen pensado seriamente en ser los libertadores de la Grecia, título magnánimo bajo el cual se anunciaron en los juegos ístmicos á aquel pueblo vuelto á la infancia, ¡cuán diferente hubiese sido su conducta de la que observaron! ¡Oh Grecia, qué suerte te ha proporcionado tu protectora, tu discípula Roma, potencia tutelar del universo! Lo que nos queda de tí son las ruinas que los vencedores bárbaros han traído en triunfo, para que entre las cenizas de su propia ciudad pereciese un día cuanto ha producido de bello la humanidad.»

«De la Grecia dirijamos nuestros pasos á las costas de Asia y de Africa. Las grandes empresas de Escipión el Asiático, de Manlio, de Sila, de Lúculo, de Pompeyo, son conocidas de todo el mundo. ¡Qué bandidos! ¿Qué han dado los Romanos en compensación al Oriente? Ni leyes, ni paz, ni instituciones, ni artes; han devastado el país, quemado las bibliotecas, los altares, los templos, destruido las ciudades.»

«La España era para Roma lo que la América es hoy para los Españoles, una mina que explotar, un país que saquear. Fuese cualquiera su humanidad, César no podía elevarse por encima de su naturaleza de Romano; recogió la triste gloria de haber dado cincuenta batallas, sin contar las guerras civiles, y de haber muerto 1.192.000 hombres; la mayor parte eran Galos.—Oh vosotros, grandes y nobles almas, Escipiones y César, ¿qué pensáis, qué sentís cuando desde lo alto de vuestras celestes esferas consi-

derais con las luces del espíritu el papel de bandoleros que habeis desempeñado? ¡Cuán manchado os debe parecer vuestro honor, sangrientos vuestros laureles y odioso vuestro arte de degollar á los hombres!»

¿Estará conforme la humanidad con esta acusacion? No lo creemos. *Bossuet*, que ha precedido á *Herder* en la carrera de la historia filosófica, aprecia mejor las conquistas de los Romanos: «Si eran crueles é injustos para conquistar, gobernaban con equidad las naciones subyugadas. No eran, pues, de esos conquistadores brutales y avaros que no respiran más que el pillaje ó que establecen su dominacion sobre la ruina de los vencidos: los Romanos mejoraban á todos aquellos que cogian, haciendo florecer entre ellos la justicia, la agricultura, el comercio y aún las artes y las ciencias despues que les tomaron aficion.»

Sin embargo, hay una censura que se dirige á Roma con una apariencia de razon, y es el haber destruido las nacionalidades y las civilizaciones particulares que se habian desarrollado en el mundo antiguo. ¿Es fundada esta censura? No será en Italia donde se acusará á los Romanos de haber ahogado los gérmenes de progreso: la humanidad no deplorará la desaparicion de la teocracia etrusca: los pueblos agrestes de las montañas del Samnio no hubieran dado al mundo una cultura superior á la de Roma: las ciudades de la Gran-Grecia estaban atacadas del mal original de los Griegos, la division y la impotencia de llegar á la unidad. No se exagera calificando de diabólica la conducta de los Romanos para con los Cartagineses, pero *Herder* mismo confiesa que no habia ningun principio de porvenir en la organizacion política y social de Cartago. Cuando deploramos la pérdida de la independencia de la Grecia, nos hacemos una ilusión sobre el estado en que se encontraba cuando la conquistaron las legiones: la Grecia de Filipo y de Perseo no era ya la Grecia de Temístocles y de Pericles; estaba en plena decadencia. El Egipto no era ya el centro de la sabiduría (1); hacía largo tiempo que sus sacerdotes

(1) Cuando Estrabon visitó el Egipto, los sacerdotes no eran ya más que sacrificadores y especie de cicerones: ἱεροποιοὶ μόνον, καὶ ἐξηγηταὶ τοῖς ζήνοις τῶν περὶ τὰ θεῶν (ESTRAB., XVII, p. 554).

permanecian más mudos que las Pirámides; no le quedaba más vida á la nacion que la que le habia prestado Alejandro, haciendo de Alejandria el centro de las relaciones comerciales del mundo antiguo. El Asia griega no tenía ya ni sus poetas ni sus filósofos; no era celebrada ya más que por su molicie y su lujo. En las Galias, en España, en la Bretaña, habia contiínuas guerras, pueblos esclavos, cultos sanguinarios. ¿Quién podrá lamentar que semejante estado social haya sido modificado violentamente por los Romanos?

Así las naciones que sucumbieron sucesivamente bajo las armas romanas ó estaban en plena decadencia ó esperaban á que una mano poderosa les hiciera salir de la barbárie. Existia, en verdad, una raza bárbara destinada á grandes fines; por esto Roma no triunfó sobre los Germanos; se mantuvieron libres en medio de sus selvas y desarrollaron en su salvaje independencia una nacionalidad original, que debia formar uno de los elementos de la civilizacion moderna. Debemos decir más, y es que la destruccion de las nacionalidades no es más que una ilusión. Los hombres mueren, las ciudades perecen, pero las naciones son inmortales. Cuando Dios ha dotado á una fraccion del género humano de facultades especiales, de un genio individual, le da por esto mismo una mision particular en el desarrollo de la humanidad: es decir, que su destino está ligado estrechamente al del género humano: si éste debe perecer, perecerán con él, porque son uno de los elementos esenciales de esta parte de la creacion. Tenemos á la vista una prueba evidente. *Herder* deplora la suerte de la Grecia. En la época en que escribia, la raza helénica parecia efectivamente muerta; sin embargo, mirándola con más cuidado estaba viva. ¿No fué ella la primera y la única que resistió á la accion absorbente de Roma cristiana? El cisma griego, indestructible, resistiendo á todas las tentativas de union, aún á la fuerza, es un admirable testimonio de vitalidad: así los descendientes de los Helenos han salido de su tumba entre los aplausos del mundo civilizado. Las razas bárbaras conquistadas por Roma, ¿han perecido bajo la espada de las legiones y bajo la tiranía de los procónsules? Léase el retrato que los escritores griegos hacen de los Galos ántes de la conquista romana, y compáresele con los Franceses del si-

glo XIX. Parecerá el cuadro trazado ayer. En cuanto á los Españoles y á los Ingleses, la persistencia de su nacionalidad, á través de todas las conquistas, es un hecho tan evidente que es inútil insistir en ello. Verdad es que Cartago ha perecido para siempre. Pero aquel Imperio, compuesto de elementos tan heterogéneos, ¿era una nacionalidad? La raza fenicia no ha llegado ni aún á asimilarse á las poblaciones africanas, cuanto ménos las Sicilianas, Sargas y Españolas. Existen hoy Imperios que podrian desaparecer sin que pudiera decirse que habia muerto una nacion. Una cosa son los Estados y otra cosa son las naciones. Los Estados son obra de los hombres y perecen como ellos. Las naciones son de Dios; si perecen, es que no tienen ya razon de ser, pero los hombres no las destruyen. Esto no excusa el derecho de guerra de Roma y de la antigüedad. Bajo el punto de vista humano puede decirse que los pueblos perecian; aún los individuos perecian, puesto que el vencedor les privaba de la libertad, sin la que no es posible la vida.

Al reconocer una influencia civilizadora en las conquistas de Roma, no hacemos la apología de su dominacion. Cuando buscamos la razon de los acontecimientos, no pretendemos justificar á los hombres que han desempeñado algun papel en ellos, ni mucho ménos los medios de que se han servido para conseguir su objeto. Por largo tiempo se ha creido en la generosidad romana; desde que *Montesquieu* ha puesto en claro la mala fe del Senado, la política de Roma ha perdido su prestigio. Ya ántes que él *Bossuet* habia caracterizado perfectamente el derecho internacional de los Romanos. «La ambicion no permitia á la justicia reinar en sus consejos. Sus injusticias eran tanto más peligrosas cuanto mejor sabian cubrirlas con el especioso pretexto de la equidad, y cuanto que ponian insensiblemente bajo el yugo á los reyes y á las naciones, so color de protegerlos y defenderlos. Añadamos ademas que eran crueles para con los que se resistian; otra cualidad bastante natural en los conquistadores que saben que el espanto hace más de la mitad de las conquistas. Los Romanos, para extender el terror, afectaban dejar en las ciudades conquistadas terribles espectáculos de crueldad, y aparecer implacables con los que les oponian fuerza, sin perdonar ni aún á los reyes, á quienes hacian morir inhumanamente, despues de haberlos conducido en triun-

fo cargados de hierros y atados á sus carros como esclavos.»

Bossuet ha olvidado un rasgo en el cuadro del derecho de gentes de Roma, y es que sus guerras son cada vez más guerras de pillaje. Las primeras hostilidades de los Romanos no fueron emprendidas más que por conseguir botin; al extenderse sus conquistas jamas perdieron este carácter. «Como se juzgaba de la gloria de un general, dice *Montesquieu*, por la cantidad de oro y plata que se llevaba á su triunfo, no dejaban nada al enemigo vencido.» Uniéndose la rapacidad de los magistrados á las violencias de los generales, el mundo entero fué despojado por la avidez romana: «¿Dónde están las riquezas de las naciones reducidas á la indigencia? exclama *Ciceron*. ¡Podeis preguntarlo cuando veais á Aténas, Pergamo, Cyzico, Mileto, Chios, Samos, el Asia entera, la Acaya, la Grecia, la Sicilia, reducidas á un pequeño número de casas de recreo!» (1).

¿Debemos, pues, aprobar la acusacion de *Herder*? El filósofo alemán tiene razon en censurar el espíritu de conquista; tiene razon en decir que los que pisotean los derechos de las naciones sufren inevitablemente la pena de su crimen. Roma pereció por la fuerza, del mismo modo que habia dominado por la fuerza. ¡Monumento terrible de la justicia divina! Todo Estado conquistador conduce al despotismo militar, y el despotismo brutal del soldado trae la ruina de los que lo ejercen y de la nacion que lo tolera (2). La enseñanza es solemne, pero se dirige más á los pueblos modernos que á la antigüedad. *Herder* no ha visto más que un aspecto de las cosas. La violencia que preside á la guerra no impide á la conquista el tener resultados benéficos. Por otra parte, ¿por qué hacer solamente á Roma responsable de un derecho de gentes que es el de toda la antigüedad? Seamos justos con el pueblo rey; reconozcamos los beneficios de sus conquistas y felicitémonos de que nos aproximamos á una época en que dejará de ser la guerra un elemento de civilizacion.

(1) CICERON., *pro Lege Manil.*, 13.

(2) HERDER., *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XIV, 4.